

# El mercado común

POR VEINTE AÑOS O MÁS LOS ESTADISTAS ESTRUCTURALISTAS estuvieron tratando de crear el Mercado Andino. No pudieron lograrlo porque lo que buscaban no era establecer un mercado común sino repartirse la miseria de cinco mercados pequeños, a cual más pobres. En 1990 el presidente Carlos Andrés Pérez, de Venezuela y César Gaviria, de Colombia, dieron con la técnica neoliberal: lo que había que hacer era no repartirse la pobreza sino abrir los mercados y dejar que los países comerciaran libremente.

El Mercado Común Europeo ha sido posible debido a la inteligencia y clarividencia de los hombres de Estado franceses y alemanes. Después de tres guerras, una en el siglo pasado y dos en éste, encontraron la manera de compartir la producción de acero y carbón, en las provincias limítrofes. Forjar un mercado común no es fácil, hay que romper miles de moldes provinciales que se oponen a que les quiten sus pequeños privilegios, y la oposición de los intereses burocráticos que no

quieren perder la tributación.

El mercado común de Colombia y Venezuela ha sido un éxito. En los Estados Unidos fueron muchos los comentaristas, siempre celosos de lo que logramos, que se mofaban preguntando si íbamos a intercambiar café por petróleo. El intercambio entre los dos países ha resultado vigoroso y son muchos los productos que entran en él con beneficio para los dos. Este se acerca ya a los dos mil millones de dólares al año.

Los productores colombianos se han dado cuenta de esto, pero el grueso público, y muchos dirigentes, no han realizado la grandiosidad del proyecto integracionista entre los tres países descendientes de la Gran Colombia. Eso de tener una zona de libre comercio que va desde las Bocas de Orinoco hasta el Guayas, ha pasado inadvertido, al menos no ha encendido la imaginación de nuestros grandilocuentes políticos.

Pero no es únicamente cuestión de una vasta zona geográfica lo que nos debe entusiasmar. Son las posibilidades de crecimiento

económico de un mercado de sesenta o setenta millones de personas, en el cual hay toda clase de recursos económicos, abrazando dos océanos, los más importantes, el Atlántico y el Pacífico. Esto es lo que debería estar movilizando el entusiasmo de la opinión pública de los tres países.

Por el contrario, hablando sólo de Colombia, sorprende leer en la prensa las corresponsalías que entusiasmadas hablan del desmoronamiento del Convenio Andino. Obviamente, la eliminación de los aranceles tenía que traer muchos problemas a los productores, y más cuando el mercado común lo llevamos a cabo a tiempo que abríamos el comercio al resto del mundo. Los productores colombianos han tenido que soportar también, simultáneamente, un tipo de cambio bajo con inflación permanente de 20% anual aproximadamente, lo que ha reducido su competitividad año por

año, con respeto a los países con los cuales comercian. Esto ha contribuido a desacreditar la liberación del comercio con los grupos que sólo aprecian la política de su restricción, para el beneficio personal de intereses parroquiales, sin consideración ninguna, y lo que recibe la nación entera.

Para ellos el hecho de que estos tres países hayan salido de la liga menor y pasado a ser un conglomerado de importancia internacional, que debe ser tenido en cuenta en el concierto de las naciones que comercian, no tiene mayor importancia. Por desgracia a los tres países de la región les han faltado líderes con comprensión de los problemas internacionales, pero la verdad es que en ninguno de ellos, después de los dos presidentes que captaron la grandiosidad del proyecto, hemos oído una sola voz de un estadista importante que lo exalte. ☺

*Hernán Echavarría Olózaga*

III TRIMESTRE 1995